

Sobre los orígenes del Estado Islámico

Matthieu Rey

El Estado Islámico (EI), nuevo actor en la escena del Oriente Próximo, acapara toda la atención desde que apareciera oficialmente el 29 de junio de 2014. Esto se debe sobre todo a sus procedimientos (decapitar a occidentales, vestir como prisioneros de Guantánamo), a una retórica de una violencia igualmente extrema, al cuestionamiento repentino de los modelos estatales fijados en los acuerdos Cambon-Grey (llamados Sykes-Picot) en 1916¹ y a la confrontación con la nueva coalición occidental que puso en marcha la campaña de bombardeos en septiembre de 2014. La lectura mediática –la más habitual es sobre su uso del terror– le convirtió de inmediato en el nuevo protagonista en lo tocante a redefinir globalmente la política local o regional. Avance fulgurante, conquista abrumadora e inflexión del mapa de Oriente Próximo son los puntos de partida para analizar un fenómeno relativamente excepcional en materia política. No nos proponemos aquí reconsiderar la pertinencia de este parecer, tampoco estimar el carácter duradero o efímero de este actor, ni la realidad de su acceso a los recursos materiales, humanos y simbólicos que puedan producir esta gran conmoción anunciada. Se trata de cuestionarse el significado de su nombre y de entender cómo una serie de levantamientos en Irak y Siria han generado esta forma de autoridad pública.

La aparición de *dawla al-islâmîyya fî-l-`irâq*, así como la elección de los nombres *dawla al-islâmîyya fî-l-`irâq wa-l-shâm* y, de manera más reciente, *dawla al-islâmîyya* remiten nominalmente a un cierto referente que se podría definir como Estado (*dawla*). La creación de este grupo se ha relacionado con la reorganización de las fronteras o los contornos del poder público que ha seguido a las revoluciones árabes. Es esta reivindicación –ser un Estado– lo que este artículo pretende someter a estudio. ¿Qué quiere decir *dawla*? ¿Adquiere un significado específico en el caso del EI o este nuevo actor puede ser tomado como una de las variaciones del Estado propias del mundo árabe, del mundo musulmán o, más ampliamente, del sur? El Estado ha sido pensado principalmente en referencia a los modelos occidentales.² Por tanto, su traducción en los territorios del sur debe ser reconsiderada a la luz de otros legados históricos. Para captar las característi-

cas específicas de este nuevo actor, debemos examinar el monopolio reivindicado sobre la soberanía territorial. ¿En qué medida una sociogénesis da cuenta de los diversos componentes que interactúan para la formación y evolución de esta entidad?

Partiremos de tres hipótesis para entender este nuevo fenómeno y su inscripción política en un territorio. En primer lugar, esta forma de militancia debe considerarse en relación con la historia contemporánea de los movimientos de protesta que nacen de la recomposición de la escena de Oriente Próximo tras la guerra de Irak en 2003. Esta fecha marca la convergencia de varias evoluciones contemporáneas: cuestionamiento del ideal nacionalista encarnado por el Estado-nación; aceleración de los cambios socio-económicos en un contexto fiscal de políticas neoliberales, por un lado, y de dominación extranjera, por otro; nuevos usos de la violencia como forma de reivindicación política. A ello se suma una transformación de la espacialidad del poder que conduce al desquite de los territorios frente al centro dominante y dominador. Por último, debemos considerar los nuevos cursos de acción seguidos por los distintos segmentos de la población local en la insurgencia posterior a 2011. El EI es un producto complejo que debe ser analizado a partir de estos parámetros.

LA ÉPOCA DE LAS REVUELTAS IRAQUÍES Y SIRIAS: SIMILITUDES SOCIO-ESPACIALES

Irak y Siria han dado lugar a numerosas comparaciones en los estudios históricos y políticos, debido al complejo mosaico étnico y confesional que las caracteriza, a su herencia otomana, a su posterior mandatario común, a su poda tras la Primera Guerra Mundial por las potencias europeas y a la existencia de un sistema baasista desde la década de 1970.³ No vamos a hacer aquí un seguimiento comparado de ambos Estados; más bien vamos a tratar de entender la forma en la que una cierta gestión de lo público precipitó trastornos económicos, sociales y culturales, permitiendo la aparición de un nuevo actor en Oriente Próximo, el EI.

Una breve revisión de las experiencias baasistas comunes a los dos países revelará cómo se deconstruyen las formas de gestión pública basadas en la ley en favor de una red de relaciones interpersonales que culminan en la autoridad del jefe. El dictador arbitra entre las instancias coercitivas, servicios de inteligencia, secciones de del ejército y brazos armados del partido, que disponen de todos los poderes de control sobre las poblaciones. Estas últimas están integradas en los dispositivos de vigilancia –deben proporcionar información periódica– y son recompensadas en forma de múltiples beneficios simbólicos o materiales concedidos de acuerdo con las relaciones personales con el agente de coerción.⁴ Los mecanismos que funcionan en ambos países no solo precipitan la crisis de las formas preexistentes de organización social y política, ya sea el partido político,

la asociación o el sindicato debidamente controlados, sino que también, a escala diferente, perturban las solidaridades tribales promoviendo, dentro de la tribu, figuras de menor rango dentro de su jerarquía y modificando los juegos de poder intratribales y la competencia dentro de los grupos. Entre finales de los setenta y principios de los noventa, los dos sistemas políticos institucionalizaron la inestabilidad política al abolir toda forma de agrupación política y social que pudiera hacerles la competencia, pero –y esto es lo que los diferencia de los sistemas totalitarios– sin tratar de sustituirla por otro modelo.

Las trayectorias de Siria e Irak divergen en los años 1990-2000. En Irak, el largo conflicto con Irán (1980-1988) no permite que el régimen de Saddam Hussein pueda afirmar su autoridad con el prestigio de una victoria. Por el contrario, el conflicto agotó las reservas financieras, hizo que el poder exacerbara una lectura confesional de la sociedad iraquí y precipitó una gestión estrictamente represiva de los conflictos internos. En 1991, tras la derrota, esta vez agotadora, con la que acaba la invasión de Kuwait, el sistema iraquí transforma su modo de gestión de la población de varias formas. En primer lugar, se convierte en un poder netamente suní, dejando como marca una importante represión contra las poblaciones kurdas y chiíes que se rebelan tras la derrota.⁵ En segundo término, despliega su control sobre la sociedad con nuevos mecanismos: apoyo a las tribus que le son leales, gestión de una esfera económica totalmente controlada debido a la imposición del bloqueo. Por último, las esferas de la soberanía iraquí se redibujan por la prohibición de los vuelos, materializando la abolición del Estado como actor único de la gestión pública. Sin embargo, este logro no significa que el sistema iraquí sea incapaz de actuar en las áreas que escapan a su control, en la medida en que puede mediar entre las facciones locales para fortalecer su papel de supervisión remota. Así, en 1996, la división de las fuerzas kurdas lleva a uno de los actores a reclamar el apoyo de las tropas centrales. Esta mutación del sistema iraquí no favorece el resurgimiento de una esfera política o pública, sino más bien una institucionalización parcial del control social y político al servicio exclusivo del dictador: ciertos sectores de las actividades económicas o sociales se vuelven autónomos y no están integrados en las redes institucionales, cosa que ocurre incluso con los grupos de milicias que reciben prerrogativas soberanas. La mayor parte de la población debe estar dispuesta a trabajar con estas nuevas instancias, sean tribales o próximas al partido, con la esperanza de acceder a unos recursos limitados por el bloqueo. Es en este contexto en el que llega la invasión estadounidense de 2003, que destruye el centro decisor tras unas semanas de enfrentamientos.

En Siria, la década de 1990 no está marcada por una importante reconfiguración de la gestión política, sino, al contrario, por la decadencia y el entumecimiento del poder asadiano. El dictador demanda de sus conciudadanos una obediencia basada en el consentimiento tácito y no en la aceptación explícita de sus valores como tales.⁶ Reconocer la autoridad del Estado permite que, a cam-

bio, los segmentos de la sociedad que consienten obtengan alguna forma de autonomía. Por ejemplo, los ulemas son autorizados a organizarse.⁷ Esta situación se transforma en la década de 2000 con la desaparición del «presidente eterno» (*al-ra'îs al-khâlid*), al que sucede su joven hijo Bachar el Asad. Se observan entonces tres grandes cambios en el equilibrio de poderes, que son los antecedentes de la revuelta de 2011. En primer lugar, la gestión autoritaria y muy personalizada del poder no se cuestiona. Una efímera primavera de Damasco en 2000⁸ se desvanece rápidamente, hasta el punto de que la mayoría de los jóvenes sirios no recuerdan este acontecimiento o lo analizan como un momento elitista.⁹

En segundo término, si bien la forma de gestión de lo público no se transforma, la estructura del sistema evoluciona en el sentido de su personalización. El joven presidente, con el fin de afirmar su autoridad, debe separarse de los caciques del régimen, rompiendo así con el colegio dictatorial que rodeaba al árbitro supremo en los días de Hafez el Asad. Eso cuestiona una cierta poliarquía, con el fin de favorecer a hombres nuevos que no tienen anclajes locales. Con ello, se lleva a cabo una centralización política y espacial del poder.

Finalmente, el régimen se ve sometido a partir de 2003 a una serie de perturbaciones internacionales de alta intensidad: primero la invasión estadounidense de Irak y luego la retirada forzada del Líbano en 2005, empujando al sistema asadiano a reconfigurar su modo de funcionamiento, sobre todo reorganizando la captación de recursos en los territorios sirios. La modificación de las leyes agrarias, por ejemplo, modifica las parcelas de tierra en la provincia de Hauran, en el sur de Siria, bajo el control de Rami Makhoul.¹⁰ Los cambios geopolíticos animan sutilmente un conjunto de relaciones informales, estructurando redes basadas en el conocimiento mutuo. La ciudad de Homs se convierte en la salida del comercio iraquí en la época del embargo y la invasión; la región del Éufrates ve abrirse un paso transfronterizo de combatientes y mercancías, etcétera.¹¹ Cuando la insurrección estalla en 2011, los territorios sirios están organizados en una red de actividades informales y formales cuya autonomía relativa es resultado de la ausencia de un espacio público común.

En cierto modo, la invasión estadounidense y el levantamiento de Siria son momentos apocalípticos para las sociedades y Estados de Irak y Siria. Una y otro revelan cambios sordos en marcha bajo un régimen autoritario y fisuras en las que tropieza el poder público. Antes de iniciar una reflexión sobre el nuevo actor público injertado en esta realidad local, es necesario precisar el estado de los vínculos sociales y su territorialización. Ante todo, los vínculos políticos y asociativos¹² están desestructurados, lo que quiebra las posibilidades de expresión nacional. En el caso de Irak, esta situación evoluciona bajo el embargo y con la administración norteamericana, por el repliegue de los individuos sobre las unidades sociales capaces de protegerlos. Se produce entonces un proceso de tribalización, recortando el espacio en unidades sociales y territoriales más o menos autónomas.¹³ Los barrios de las ciudades se reestructuran a través del intercambio

y la protección de sus habitantes. De manera similar, las zonas rurales y tribales son testigos de la aparición de nuevas formas de organización específicas. Esta dinámica, que subyace a la guerra civil iraquí desde 2006, la volvemos a encontrar ampliamente en Siria en el momento en que la protesta se militariza en 2012.¹⁴ La fragmentación del territorio sirio en barrios y pueblos se debe principalmente a la capacidad de represión del régimen sirio, que previene la formación de un espacio nacional contestatario unificado. Pronto, los recursos de la movilización captados por los lazos familiares y la solidaridad local se imponen como principal vehículo de organización de los grupos armados y civiles que cuestionan al régimen. Así, Siria aparece como un gran rompecabezas, donde cada unidad local ve cómo sus actores se definen según la configuración de sus entornos (el pueblo o barrio cercano, las nuevas fuerzas que alberga, etcétera) y las movilizaciones a nivel nacional (movilización alrededor de grupos tipo consejo de coordinación o de emergencia de las fuerzas nacionales).¹⁵ El Ejército Libre de Siria se convierte en la expresión nacional de una aglomeración de brigadas estructuradas localmente.

Tanto en Irak como en Siria, la invasión norteamericana y el levantamiento sirio rompieron en cuestión de meses la ilusión de que había un Estado. De esta fractura surge una suerte de revancha territorial, procedente de esos espacios y poblaciones periféricos y ampliamente capaces de gestionarse por sí mismos.

UN NUEVO COMPETIDOR: DEL ESTADO ISLÁMICO DE IRAK AL ESTADO ISLÁMICO

En 2003 y en pocos meses, las fuerzas estadounidenses lograron derrocar a Saddam Hussein. Sin embargo, la toma de Bagdad, si bien revela la debilidad inherente a los sistemas baasistas en materia de obediencia y capacidad de resistencia ante una fuerza armada constituida, no clausura la empresa de reforma política. El nuevo juego político precipita el estallido de una insurrección y la emergencia de múltiples formas de violencia.¹⁶ Los empresarios de la violencia política encuentran en Irak el marco de una acción renovada. Por otra parte, el nivel de destrucción y de pérdida de vidas humanas acelera la rotación de los modelos de organización y de los experimentos sobre el terreno, debido al alto número de cuadros muertos en las operaciones. En este contexto, emerge en 2004 un nuevo actor, reivindicando el salafismo yihadista, bajo el liderazgo de Abou Moussab al-Zarqawi. No vamos a detenernos en la trayectoria intelectual y activista de los promotores del Estado Islámico en Irak (EII).¹⁷ Simplemente retendremos su elección inmediata del término *dawla* (Estado) para designar la nueva estructura y la búsqueda de una implantación territorial precisa. Desde el nacimiento del grupo, se distingue dentro de la constelación yihadista por esa voluntad de anclaje territorial. Parece bascular entre la lógica de la red y la

de la ocupación y administración de un territorio. Si la innovación es mayor en términos de lo que los grupos salafistas anteriores habían sido capaces de lograr, se vuelve menor en el contexto iraquí. Entre 2005 y 2009, este nuevo actor ocupa un lugar en la constelación de entidades partidistas y territoriales que se está formando. Naturalmente, el factor religioso no puede ser excluido. Sin embargo, no explica totalmente la situación. El anclaje local responde, por un lado, a una nueva empresa política –la construcción de una *yihad* en un espacio– y, por otro, a una recomposición del territorio iraquí en torno a nuevos actores políticos cuya legitimidad está basada en su capacidad para captar recursos legal o ilegalmente y para proporcionar seguridad.

El Estado iraquí –como agente principal para la gestión del espacio público– ha sido ampliamente transformado por las nuevas instituciones forjadas en 2005 y los mecanismos de selección de las élites. Las elecciones de diciembre 2005 demuestran la geometría variable de las poblaciones y los lugares integrados en el Estado. La Constitución, denunciada como una creación tendente a excluir a la población sunita, lleva a que las consignas de abstención sean adoptadas por amplios sectores de la población. Territorialmente, sólo el 2% de la población participa en las elecciones en la provincia de al-Anbar; aquí es donde el EII se estructurará inicialmente. Se suman, pues, la retirada de la autoridad soberana y el nacimiento de nuevos grupos. No es posible entender la facilidad con la que se opera el cambio de un poder a otro sin hacer referencia a los múltiples procesos informales –el contrabando, retribalización, etcétera– que tuvieron lugar en la región occidental de Irak durante la década previa. La cohesión confesional acompaña al reagrupamiento de la gente y a su afiliación al nuevo «Estado» en formación. Este proceso también se refleja en gran medida en fenómenos relativamente similares que se dan en las regiones kurdas (aparición de un gobierno autónomo instalado en un territorio más o menos acotado) y chiíes. En este último caso, la territorialización de los actores políticos no funciona exactamente de la misma manera –retracción de un espacio fuera de la asamblea nacional–, sino más bien por la conquista de posiciones determinadas. Así pues, entre 2006-2008, durante el violento enfrentamiento civil, aparece un actor más en Irak y se implanta en una provincia.

El relato de los acontecimientos iraquíes entre 2004 y 2012 ya empieza a ser ampliamente conocido. El EII crece en un primer momento, consiguiendo la adhesión de combatientes extranjeros atraídos por la *yihad*, así como de miembros de las tribus locales. Estos últimos le prestan su lealtad sin que ello sea formalizado mediante un ritual específico. Sin embargo, la intersección de estas dos categorías de actores favorece un control efectivo. La elección estratégica de la lucha contra el extranjero –según la retórica clásica de denuncia del imperialismo– y contra la presencia chií –reactivando la necesidad de referencias medievales–, así como el recurso a formas particularmente violentas, constituyen el núcleo de la adhesión en torno a este movimiento.

En un segundo momento, las fuerzas estadounidenses lideradas por David Petraeus consiguen reconquistar las posiciones controladas por este actor rompiendo los lazos de lealtad y desarrollando una red territorial de fuerzas locales de control, agrupadas en el Haraka al-Sahwat al-sunniyya (Movimiento del Despertar suní).¹⁸ Esta empresa se revela más fácil a medida que se desarrollan las animosidades entre los miembros extranjeros del grupo y las facciones tribales en torno a los intercambios matrimoniales. El intento del EII de implantarse entre la población tropieza con la imposibilidad de encontrar esposas entre las tribus. Alrededor de 2009 desaparece lo que en Bagdad y Washington se analiza como una amenaza, con lo que el actor americano puede construir un relato de la victoria para legitimar su salida. El gobierno de Nouri al-Maliki suspenderá entonces las retribuciones financieras a los apoyos locales por considerarlos inútiles, provocando un nuevo retroceso del poder público en un vasto territorio. Durante los primeros años de su existencia, el EII ha seguido dos estrategias principales: el establecimiento de un dominio territorial a través de los puestos de control y la introducción de tasas e impuestos. Sin embargo, en 2009, los reveses de la organización precipitan su desaparición temporal.

Entre 2009 y 2013, es decir, entre esta primera desaparición y el establecimiento de la organización en Siria, se opera cierta reconstrucción en torno al líder Abu Bakr al-Baghdadi, una figura más emblemática que dirigente u omnipotente. Esta reaparición se sostiene en buena medida, en Irak, en la frustración generada entre las poblaciones suníes por el gobierno de Nouri al-Maliki y en la reanudación de las conquistas territoriales. La salida de las fuerzas de Estados Unidos en 2012 provocó un aumento de la violencia y de las fragmentaciones políticas. Si seguimos los análisis de Peter Harling,¹⁹ el nacimiento del «espantajo» –como califica al EII– se debe en gran medida al desinterés del Estado por una parte de la población y a la utilización del registro confesional para dar una base política a los partidarios de la autoridad. Nouri al-Maliki no se preocupa de la implantación territorial de la soberanía del Estado iraquí en todo el espacio nacional, ni desea compartir el ejercicio del poder y de los recursos con todos los grupos sociales. Nuevo autoritarismo, control exclusivo de la riqueza y movilización de sectores de la población según una falsilla confesional son los nuevos pilares de la gestión pública. El pacto de Erbil, de 2010, no corrige lo que es una tendencia subyacente en la gestión del poder.²⁰ Estas dinámicas tienen un eco considerable en las mutaciones sirias. Sin retomar los pasos de la revolución siria,²¹ hay que señalar que las formas de gestionar la contestación y, en general, las poblaciones en Irak y en Siria se demuestran prácticamente idénticas. Los poderes estatales –o aquellos que dicen tener el control del Estado– construyen su discurso sobre la acusación lanzada contra determinados sectores de la población para soldar así su propia base recurriendo a términos confesionales. No dudan en retirar los agentes de la fuerza pública de aquella parte del territorio que perciben como difícilmente controlable. De cara al exterior, denuncian al enemigo interno como

terrorista, para obtener así rentas estratégicas (apoyo internacional contra estas nuevas amenazas).

Así pues, en verano de 2012, el EII se convierte en un actor en la escena iraquí. En paralelo, la Siria oriental, que linda con sus posiciones iraquíes, se le abre con la rápida retirada de las fuerzas de Damasco. Ante el auge del conflicto armado y la pérdida de numerosos efectivos como consecuencia de las deserciones y de la liberación de territorios, el sistema asadiano abandona el espacio en el que sus fuerzas –de inteligencia y militares– actuaban, para concentrarlas en una sola línea, Deraa-Alepo. El EII se contenta en un principio con enviar algunos agentes para analizar sus posibilidades de acción. Pero los cambios que afectan al terreno local precipitan la entrada del EII en la escena siria. De hecho, las fuerzas que se dicen opositoras se fragmentan cada vez más, ya sea sobre bases locales o en función de agendas políticas varias. Ante estas transformaciones, los socios extranjeros son cada vez más reacios a apoyar la protesta. El 9 de abril 2013 se oficializa la entrada en territorio sirio con un cambio de nombre: el Estado Islámico en Irak y Siria.²² La instalación y la rápida expansión del movimiento suponen la desintegración de otras fuerzas de oposición (*liwa' al-tawhîd, ahrâr al-shâm*) que pierden el control territorial en favor de este nuevo actor. Este parece encarnar ahora una alternativa susceptible de obtener victorias decisivas.

Esta evolución se sigue en ambos territorios (Irak y Siria), aunque por diferentes razones y con una lógica un tanto divergente. En el área de Siria, la manera de afirmarse descansa en la distinción entre el grupo y los otros componentes de la oposición. Además del conflicto latente con *jahbat al-nusra*, formación que había prometido fidelidad a al-Qaeda a finales de 2012, el nuevo actor sirio renuncia a hacer de la caída del régimen una prioridad, para centrarse en el establecimiento de un orden islámico. Puede prosperar sobre una gran parte de Siria, escasamente poblada, alrededor del Éufrates. Sin embargo, tras la conquista de Raqqa (septiembre de 2013), cuando está tratando de ampliar su influencia en la zona de Aleppo y sus alrededores, se encuentra con una reacción armada violenta por parte de los otros grupos de la oposición, que fuerzan su rápida retirada. Del mismo modo, las incursiones hacia Hassake, en el noreste de Siria, son detenidas por la barrera de las fuerzas kurdas. Por tanto, solo puede mantenerse como actor único en algunas zonas (Raqqa y Deir el-Zur principalmente, aunque no controla esta segunda aglomeración) eliminando a los otros componentes de la oposición. También participa en la toma de las últimas bases militares en poder del régimen. En Irak, sin embargo, baraja alianzas con diferentes fuerzas contestatarias del orden post-2003 cuyas reivindicaciones se exacerban tras la llegada de Nouri al-Maliki. De ese modo, su presencia difusa tanto en las administraciones como en la policía es muy anterior a la toma de las ciudades, ya sea Faluya (febrero de 2014) o Mosul (junio de 2014).²³ En Irak, el movimiento teje relaciones con los marginados por el orden post-Saddam, principalmente oficiales baasistas. Estos tipos de pacto le permiten definir una zona de control y, a veces, extenderla tem-

poralmente. En este contexto, la toma de Mosul marca su entrada en la escena regional. Pero, mientras las fuerzas del EIIL se atascan y, luego, se retiran del área de Tikrit, su líder proclama el establecimiento de un califato. Con una intensa campaña de comunicación, este anuncio hace olvidar el revés y sitúa a la región ante un nuevo actor: un Estado que se reivindica islámico.

CONTROLAR Y ADMINISTRAR TERRITORIOS

La importancia de los territorios y de sus recursos –principalmente petrolíferos– ha sido subrayada en el estudio del desarrollo de EIIL (EI desde junio de 2014). ¿Se desvanece con el surgimiento del Estado? ¿Cómo construye el control y la gestión de la esfera pública este nuevo actor? Para tratar de identificar su naturaleza y comprender su desarrollo, deben distinguirse varios planos.

Ante todo, el control de un territorio implica la eliminación de cualquier autoridad en competencia. El primer aspecto del EI procede de la propia lógica irako-siria característica del momento posterior a la invasión de Estados Unidos y al levantamiento de Siria: el mallado del territorio mediante el establecimiento de puestos de control que funcionan a la vez como lugares de control de los flujos, de coerción y de marcadores estatales simbólicos. A falta de un cuerpo de policía o de las fortalezas de otros tiempos, el puesto de control materializa el lugar del Estado y de sus decisiones. El establecimiento de esta institución particular no procede, sin embargo, de la delimitación precisa del territorio. Se utiliza sobre todo para dominar los flujos internos.

Por otra parte, la fijación de las fronteras externas queda cuestionada. Si, por ejemplo, ciudades como Jarablus o Tell Abyad, en el norte de Siria, sirven como punto de paso entre una zona controlada y un espacio exterior, en este caso de Turquía, el estatuto de estos asentamientos como puntos de paso no es otra cosa que el hecho de que EI está utilizando como tales posiciones ya establecidas. Por el contrario –y la batalla de Kobané/ Ayn al-`Arab ilustra particularmente esta lógica–, no hay rastro preciso ni línea concreta que selle el límite de la soberanía del EI y que dé paso al espacio de otra soberanía. Se dan tres razones para explicar esta situación. En primer lugar, en una lógica de expansión y de conquista, parece inútil delimitar con precisión el área reclamada. En segundo término, la realidad concreta de los movimientos, incesante a nivel microlocal, con pérdidas y ganancias, impide cualquier estabilidad real de un lugar fronterizo, excepto lo sucedido tras unos meses en el borde de la gobernación del Kurdistán iraquí. En tercer lugar, todo límite de soberanía implica el reconocimiento mutuo de unos actores estatales. Ahora bien, este Estado no destaca por la búsqueda de reconocimiento en la escena internacional: no busca el intercambio de representantes diplomáticos y ni siquiera él mismo ha reconocido a los Estados vecinos. Denuncia los contornos de otras entidades estatales tildadas de coloniales, pero

no hace nada por limitar su esfera de control. Aquí es donde adquiere sentido la proyección espacial de una empresa política: el establecimiento de un «Estado» (*dawla*) se asemeja en primer lugar a la dominación de un territorio con contornos borrosos.

Si la implantación territorial marca una innovación, en esta última resuena mucho más, en el caso del califato, el modelo imperial que el estatal. Dos conjuntos de observaciones permiten identificar este aspecto alrededor de un par de objetos: la lealtad y el control institucional. El primer término se impone cuando se trata de entender la relación entre las poblaciones (individuos y grupos) y las nuevas autoridades. De cada miembro de la comunidad controlada se reclama lealtad (*bay`a*) hacia los nuevos dignatarios. Hay muchos vídeos que muestran el nuevo ritual.²⁴ Más que un simple procedimiento, el ritual permite que una o más personas entren simbólicamente en la nueva entidad política. Ahora bien, antes que un código claramente definido, la lealtad descansa aquí sobre el reconocimiento mutuo entre quien la presta –que marca así su aceptación temporal o permanente de la dominación del otro– y quien la recibe. En efecto, este último toma en consideración las condiciones locales que han conducido a la creación de esta lealtad. Por citar solamente dos ejemplos, durante el avance en las afueras de Deir el-Zour,²⁵ un general del Ejército Libre de Siria se enfrenta a la siguiente alternativa: emprender un combate suicida contra las fuerzas del EIIL o acordar su lealtad personal –y no la de sus hombres. Así, se convierte en representante del EIIL en el frente de Deir el-Zour contra las fuerzas del régimen sirio. A unos cientos de kilómetros de distancia, en la provincia de Idlib, al este de Alepo, un grupo de hombres, antiguos miembros del movimiento *Ahrâr al-shâm*, prestan su lealtad al nuevo califa, pocos días después de la muerte de gran parte de los miembros del estado mayor de la organización. En este caso, se trata de un grupo armado que oscila. Estos dos ejemplos recuerdan el elemento central del proceso de lealtad: depende de la situación de las personas en el momento de la prestación, sin que en ningún caso signifique que su estatuto sea uniforme. Todos se convierten en miembros de una nueva entidad, pero suponer que su integración armoniza su estado sería subestimar la nueva construcción política. En este contexto, el EIIL se convierte en una malla flexible con una geometría variable de grupos que reconocen un estado de dominación o de sumisión y que, a su vez, ven como se les reconocen una serie de derechos.

La otra área que permite precisar los modos de uniformizar o de diferenciar los estatutos remite a las instituciones encargadas de la gestión pública. Advirtamos, ante todo, que hay una nueva fractura entre las zonas urbanas y rurales. En las segundas, según testimonios recogidos entre los emigrantes que se desplazan entre el extranjero y la zona del Éufrates, sobre todo por razones económicas, el control es más flexible.²⁶ No hay presencia física o institucional que vincule un pueblo en particular a la entidad política, sino una mera aceptación de su dominio. Se reconoce una relativa autonomía microlocal a cambio del suministro de

subsidios. En las áreas urbanas, los nuevos dispositivos están configurados para satisfacer las necesidades de las poblaciones. Seguramente son el paralelo de las estructuras que unifican los departamentos políticos del EI. Así, varias direcciones se encargarían por todo el territorio de dar consignas para la emergencia de un orden islámico. Estas últimas se traducen localmente en una serie de consejos que a su vez controlan otros consejos preexistentes. En términos generales, estas estructuras fueron creadas por las exigencias de encuadramiento y de la gestión diaria de los territorios tras la salida de las anteriores administraciones, y se encargan de atender las necesidades inmediatas, principalmente los suministros. Del mismo modo, a partir de 2013, emerge un conjunto de tribunales cuyas formas de gobierno se remiten a la *shari`a*.²⁷ En la práctica, se trata de un nuevo etiquetado del personal y de los procedimientos preexistentes, homologado todo por las autoridades del EI de conformidad con los mandamientos del islam. Esta mutación de las denominaciones (de tribunal ordinario a tribunal de la *shari`a*) no se acompaña de la producción de códigos legislativos. Además, los tribunales siguen estando en gran parte al margen del aparato de control estatal. Por último, el método de retención fiscal –protofiscalidad– se refiere a tres realidades distintas y complementarias. Se basa en la venta de recursos naturales, principalmente el petróleo, en la tasación de productos cotidianos (el pan, por ejemplo) y, finalmente, en la formación de un tesoro de guerra, alimentado por el botín (*ghanîma*) conseguido en el curso de la conquista de las distintas posiciones. Estos dos casos evocan sorprendentemente otras realidades históricas. La comparación con los tiempos otomanos sorprende, a menos que pensemos en la nueva entidad política no en términos de Estado sino de imperio. Al hacerlo así, adquiere sentido la palabra califato: definir una nueva forma de gestión pública que se reconcilie con los cánones de la tradición musulmana, es decir, fundar un centro desde el que el gobierno del islam irradie sobre las tierras de *dâr al-islâm*.

¿UNA REALIDAD IMPERIAL EN LA ERA POSTIMPERIAL?

Los videos impactantes, el uso masivo de las redes sociales y el control de la información y de la imagen contradicen, en cierta medida, las conclusiones iniciales. ¿Cómo una realidad plural, en cuyo seno unos centros de mando radicados en las calles irradian sobre su entorno inmediato, podría ser capaz de producir tal discurso? Los medios de información debida y localmente controlados por las oficinas y consejos del EI subrayan la extrema modernidad y el trabajo de mercadotecnia que hay en torno a esta empresa política. Lo que algunos han calificado como el paso de una «start-up» al estatuto de multinacional²⁸ adquiere también los rasgos de organizaciones conocidas fuera del mundo de la política. En algunos aspectos, la documentación generada por el EI lo aproxima a una agencia no gubernamental que inventaría sus actividades bajo la forma de un

balance dinámico. Del mismo modo, la gestión de la publicidad busca atraer nuevos reclutas y difundir una imagen de éxito y permanencia,²⁹ donde el término *bâqîyyûn* (nos quedamos) ejemplifica la idea de la resistencia al imperialismo, es decir, a las múltiples agresiones de las que comunidad mitificada sería víctima por parte de todos los actores externos al mundo del EI. El modo de difusión demuestra capacidad de adaptar la organización a un contexto cambiante. Cada unidad local es capaz de crear un nuevo repertorio que se difunde en la organización. Recientemente, la muerte, quemados, de un piloto jordano y de cuarenta y cinco miembros de las fuerzas de seguridad iraquíes demuestra la circulación de las prácticas en el seno del EI, sin que necesariamente estén estandarizadas. Más que un centro de mando capaz de ordenar perfectamente la conducta de cada entidad, hay que complicar el análisis mediante la adición de otras características específicas del contexto en el que el EI se constituye.

La cuestión del Estado como forma soberana es cuestionada por la acción transfronteriza del EI y, como hemos visto, por el modo de despliegue en los territorios bajo su control.³⁰ Si bien los actores reivindican el nacimiento de un Estado (*dawla*), sus prácticas remiten en cambio a otros registros de la acción. Estos desafían la noción de soberanía tal como se ha venido pensado desde la época westfaliana y con la modernización del Estado en el marco europeo. Pero lejos de ser una vuelta a los antiguos modos de gestión pública, el caso del EI demuestra la adaptación a una posmodernidad de la acción pública. El lenguaje se hace performativo, la definición real y virtual construye mallas sociales bajo la forma de redes integradoras de unidades individuales y colectivas, y el discurso y su forma recuerdan más a la organización no gubernamental que a una oficina administrativa. Esta hipermodernidad explica los éxitos y limitaciones de la empresa. Aunque reivindique el Estado, el EI no puede beneficiarse actualmente de las ventajas de la soberanía, como la concesión de préstamos, definición de alianzas, etcétera. La estructura califal es además una instancia poliárquica y reactiva frente a realidades rápidamente cambiantes. El EI se parece más a una forma política fuera del Estado o postestatal que a una nueva traducción de la crisis del Estado. Materializa las mutaciones de la inscripción territorial de la autoridad pública a principios del siglo XXI, lo que es resultado sin duda del desafío al autoritarismo regional generado por unas protestas populares de una magnitud poco común y, en general, de la sacudida al mundo de los Estados tal como se han establecido durante la larga época contemporánea.

Traducción de Anaclet Pons

NOTAS

1. Durante la Primera Guerra Mundial, los ministros de Asuntos Exteriores francés y británico, Paul Cambon y Edward Grey, firmaron un acuerdo sobre el reparto de las posesiones otomanas tras la guerra, una vez concluidos los intercambios y negociaciones entre sus representantes, Mark Sykes y Georges Picot.
2. Cf. Bertrand Badie y Pierre Birnbaum, *Sociologie de l'État*, París, Hachette, 1983.
3. En 1963, y en nombre del Partido Baaz, unos militares toman el poder temporalmente en Irak y de forma definitiva en Siria. La experiencia se convierte en permanente en 1970 y, con ella, se legitima la doctrina arabista del partido.
4. Joseph Sassoon, *Saddam Hussein's Ba'ath Party: Inside an Authoritarian Regime*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.
5. Fanar Haddad, *Sectarianism in Iraq: Antagonistic Visions of Unity*, Oxford, Oxford University Press, 2011; Dina Khoury, *Iraq in the Wartime: Soldiering, Martyrdom, and Remembrance*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
6. Lisa Weeden, *Ambiguities of Domination: Politics, Rhetoric, and Symbols in Contemporary Syria*, Chicago, University of Chicago Press, 1999.
7. Un ulema es un erudito en materia de religión musulmana: se le consulta sobre muchos temas relacionados con la práctica y sobre su impacto en la vida cotidiana. Cf. Thomas Pierret, *Baas et Islam en Syrie. La dynastie des Assad face aux oulémas*, París, Puf, 2011.
8. A la muerte de Hafez el Asad, varios grupos de intelectuales sirios, principalmente de Damasco, se empeñan en organizar salones de discusión, animan conferencias y tratan de abrir un debate sobre una transición política para salir del autoritarismo. La experiencia se esfuma rápidamente.
9. Matthieu Rey, «2003, a new generation in Syria», *Generations and Protests*, editado por Ratiba Hadj-Moussa y Marc Ayyash (en prensa).
10. Rami Makhoul, primo de Bachar el Asad, es uno de los principales hombres de negocios sirios, propietario de dos empresas de telefonía móvil y con participación en la mayoría de las empresas sirias. Debido a su proximidad a la familia Asad, ha podido obligar a que se le cedieran esas participaciones. En la zona de Daraa, entrevista con miembros del *majlis al mashá'ir*, octubre de 2014.
11. Entrevista realizada en Damasco activistas, junio de 2012.
12. Con todo, no hay que olvidar el renacimiento del fenómeno asociativo en la década de 2000 en Siria: Laura Ruiz de Elvira Carrascal, «L'État syrien de Bachar al- Assad à l'épreuve des ONG», *Maghreb-Machrek*, n° 203, primavera de 2010, pp. 41-57.
13. Hamit Bozarslan y Hocham Dawod, *La société irakienne. Communautés, pouvoirs et violences*, París, Karthala, 2003, pp. 40-43.
14. El término militarización empleado aquí se refiere al momento en el que las fuerzas del régimen se despliegan y utilizan armamento pesado por todo el espacio sirio, precipitando como contrapartida la formación de maquis y la liberación de los territorios: Chaymaa Hassabo y Matthieu Rey, «The immediate history facing the egyptian and the syrian events», intervención en el ME-HAT (Chicago), mayo de 2014.
15. Matthieu Rey, «La révolte des quartiers: territorialisation plutôt que professionnalisation», en François Burgat y Bruno Paoli, *Pas de printemps pour la Syrie, les clés pour comprendre les acteurs et les défis de la crise (2011-2013)*, París, la Découverte, 2013, p. 86-87.
16. Édouard Metenier y Loulouwa al-Rachid, «A propos de la violence "irakienne". Quelques éléments de réflexion sur un lieu commun», *A Contrario*, 2008/1, n°5, pp. 114-133.
17. Véase Michael Weiss y Hassan Hassan, *ISIS, inside the army of the terror*, Nueva York, Regan Arts, p. 16 y siguientes.
18. Entrevista con un responsable de la seguridad americana, abril de 2014, Washington DC. Asimismo, Toby Dodge, *Iraq, from War to a New Authoritarianism*, Londres, Routledge, 2013.
19. Peter Harling, «État islamique, un monstre providentiel», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 2014 [trad. cast. en el núm. 227, del mismo mes].
20. En 2011, el Primer Ministro, Nuri al-Maliki se reúne con los principales representantes del gobierno autónomo del Kurdistán. Se las arregla para bloquear las iniciativas de otros políticos iraquíes que piden una mayor descentralización, que es la única manera de que puedan bloquear la hegemonía del Primer Ministro. Toby Dodge, *op. cit.* pp. 166-168.
21. Jean-Pierre Filiu, *Le Nouveau Moyen-Orient: les peuples à l'heure de la révolution syrienne*, París, Fayard, 2013.
22. El término *Shám* podría traducirse como Siria o Levante. La aparición del grupo se debió principalmente a la separación entre los componentes del grupo *jabha al-nusra*.

23. Como recordó Romain Caillet en una entrevista audiovisual. [Se trata del documental de Jérôme Fritel, *D.A.E.C.H. - Naissance d'un état terroriste*, 2015, emitido por la cadena ARTE. Véase: <<http://www.arte.tv/guide/fr/056621-000/daech-naissance-d-un-etat-terroriste>>].
24. Según la información proporcionada por el investigador Félix Legrand. Para un análisis de las movilizaciones tribales vinculadas al Estado Islámico, Félix Legrand, «The Colonial Strategy of ISIS in Syria», *Policy Alternatives*, ARI, junio de 2014. URL: <<http://www.arab-reform.net/colonial-strategy-isis-syria>> [revisado el 28/03/15].
25. Entrevista con un responsable de una institución internacional (Gaziantep, octubre de 2014), cuyo relato coincide con otros precedentes de entrevistas semiestructuradas realizadas a sirios en Gaziantep. en la primera mitad del mes de octubre 2014.
26. Entrevista con residentes de la zona de Deir ez-Zour, en octubre de 2014.
27. Adam Baczko, Gilles Dorronsoro y Arthur Quesnay, «Building syrian state in time of civil war», *Carnegie Endowment Institute*, 16/04/2013. URL: <<http://carnegieendowment.org/2013/04/16/building-syrian-state-in-time-of-civil%20war/fzrk>> [revisado el 29/3/15].
28. Loretta Napoleoni, *L'État islamique: Multinationale de la violence*, París, Calmann-Lévy, 2015 [trad. cast.: *El fénix islamista. El Estado Islámico y el rediseño de Oriente Próximo*, Barcelona, Paidós, 2015].
29. Romain Caillet, «Analyse: pour comprendre le slogan de l'État islamique -«baqiya»», *Relioscope*, 12 de octubre de 2014. URL: <http://religion.info/french/articles/article_653.shtml> [revisado el 29/03/15].
30. Esto no incluye las extensiones de Libia y Egipto aparecidas poco después, aunque ambas confirman las observaciones realizadas anteriormente.

.....
 El título original del presente artículo es «Aux origines de l'État islamique», *La Vie des idées*, 17 de marzo de 2015. ISSN : 2105-3030. URL: <<http://www.laviedesidees.fr/Aux-origines-de-l-Etat-islamique.html>>. Su autor, Matthieu Rey, es *Maître de conférences* en el Collège de France (cátedra de historia contemporánea del mundo árabe).

Este artículo se basa en conjunto de entrevistas llevadas a cabo como parte de una misión financiada por el programa Wafaw del European Research Council (<<http://www.wafaw.org/>>). Los resultados e interpretaciones son exclusivos del autor y, de ningún modo, responsabilidad del programa. La ayuda facilitada por ERC Wafaw ha resultado esencial para la recopilación de información que ha permitido elaborar estas ideas. (N. del A.)